condenado por un crimen del cual es usted cómplice.

—¿Cómplice?... ¡Ah, no! ¡No diga eso!... Va usted a saber...

La señora de Hexam hizo un visible esfuerzo para hablar; ponía en tensión su voluntad para confesárselo todo a Lafrita; pero tenía que luchar contra una influencia, contra una dominación, contra un poder desconocido.

Y Lafrita se sintió de pronto herido por un recuerdo. El había asistido a sesiones de hipnotismo experimental: de aquella manera era como la voluntad del sujeto se debatía contra la voluntad dominadora del magnetizador. Hay momentos en que la personalidad aniquilada lucha para ser dueña de sí misma y escapar a una dominación extraña.

Supongamos que habiendo sumido el experimentador en el sueño hipnótico a una persona (e incluso en estado de vigilia si esta persona se encuentra ya bajo su dominio como consecuencia de las precedentes sugestiones), ordena al sujeto que realice al día siguiente por la mañana un acto determinado.

Si este acto no tiene gran transcendencia, como ir a un sitio designado, acostarse en pleno día o ponerse los pantalones al revés, el sujeto lo realizará de una manera mecánica e inconsciente.

Si el acto es radicalmente contrario a los gustos y a los sentimientos del sujeto, como ir a besar a

una persona que detesta cordialmente, o arrojar por la ventana el contenido de su cartera, la obediencia a las órdenes dadas se efectúa con cierta repugnancia.

Si el acto es una fechoría o un crimen y el sujeto es fundamentalmente honrado, hay un conflicto terrible, una oposición de los buenos sentimientos, de la conciencia, en una palabra, contra la voluntad vacilante, y el resultado de este duelo interesante es muy incierto.

La actitud y la fisonomía del sujeto durante esta lucha son muy características para los que han estudiado de cerca los fenómenos de hipnotismo y sugestión.

Por eso Lafrita quedó muy sorprendido del aspecto y de las palabras de la señora de Hexam, mientras *Buif* sólo veía una incoherencia muy femenina y protestaba desde su rincón.

—Bueno; basta de comedia y no vayamos más por cuatro caminos... Estas golfas siempre quieren hacerse las interesantes y no pueden decir ni pío sin pronunciar antes un discurso para explicar su voto.

—¿Pero es que no ves en qué estado se encuentra esta pobre mujer?—dijo el periodista a su asociado.

—Eso es otra cosa—dijo *Buif*—. Si está bajo la influencia de su sexo, nada podemos, a pesar de todo... Tal vez sea que se encuentre en una posición interesante; yo me acuerdo que mi consorte,

antes de tener al pequeño, se mareaba por la cosa más insignificante... ¿Sabe usted lo que yo hacía? Pues le hacía beber medio litro de ron, y cuando había sudado bien...

Pero toda la atención de Lafrita estaba absorbida por la señora de Hexam, que poco a poco volvía a ser dueña de sí misma y recobraba su tranquilidad.

—Lo diré todo—dijo resueltamente—. Hay pruebas: las alhajas, que todavía están en su casa; el cheque del Crédit Lyonnais... no tengo miedo... ¡No, no tengo miedo de él!

La señora de Hexam repitió esta última frase con acento demasiado resuelto, como hacen los niños cuando quieren darse valor para atravesar una habitación en la obscuridad y persuadirse a sí mismos de que son muy valientes.

Lafrita escuchaba con ansiedad.

—Hable, señora, hable... Tiene usted razón; no hay peligro ninguno; la justicia está con usted, y mientras ella interviene, aquí tiene usted unos amigos.

—¿Verdad que sí? — dijo la pobre mujer—. ¿Quiere usted escribir lo ocurrido para llevárselo al juez?... Yo firmaré si usted así lo quiere... Como detendrán al hombre en seguida, nada tendré que temer de él... ¿Verdad que no tengo que temer nada?

—Ante todo, dígame su nombre, y de lo demás yo me encargo.

La señora de Hexam iba a hablar, pero se quedó con la boca abierta, suspensa, con una expresión de intenso terror en el rostro... Se oyeron unos pasos en la carretera; pasó una sombra por delante de la ventana abierta. Sólo la pobre mujer pudo verla pasar; cuando Lafrita, que estaba de espaldas a la ventana, se volvió rápidamente para ver qué es lo que había podido producir aquel cambio en la actitud de la señora de Hexam (suponiendo que el cambio fué producido por una circunstancia exterior), ya no pudo ver absolutamente nada.

—¡Ya volvemos a las mismas!—dijo *Buif* desalentado—. Son crisis que se curan con unas píldoras que venden en las farmacias; yo no sé cómo se llaman esas píldoras; pero hay una pintura en la caja y vale cinco francos... ¡Qué ladrones, eh!

—¡Váyanse, por Dios, váyanse—gritó la señora de Hexam—; está ahí... tengo miedo, mucho miedo!

—Precisamente—dijo Bicard—no es el momento de dejarla sola si es que tiene miedo... no le harán nada mientras estemos con usted. En primer lugar, ¿dónde está ese fenómeno? Yo no veo a nadie.

Buif se asomó a la ventana; comenzaba a caer la noche, pero todavía había bastante claridad para que Bicard pudiera comprobar que la carretera estaba absolutamente desierta, lo que no le impidió, tanto para afirmar su temperamento valiente como

para tranquilizar a la mujer, lanzar al vacío unas cuantas invectivas:

—¡Acércate un poco, cobarde! ¡No tienes necesidad de ocultarte, granuja! ¡Sal de tu agujero y nos veremos las caras! ¡Vamos, aquí te espero yo!

Entretanto, la señora de Hexam mostraba en su terror la más absurda obstinación.

—¡Por Dios, márchense! Si él me ve hablarles, estoy perdida... Hagan una cosa: vengan dentro de una hora, que será por completo de noche; yo no encenderé la luz y así podré decírselo todo.

No era posible negarse. Lafrita empujó a *Buif* delante de él y ambos se encontraron en la carretera.

—Parece que está un poco *tocada*—sentenció Bicard—. No hay que enfadarse por esto. Es una pobre mujer que ha perdido sus hombres: le han cortado uno en pedazos y al otro se lo meten en la cárcel... Se ha quedado viuda por todas partes. Y, claro, eso le ataca al sistema, la preocupa y tiene motivos sobrados para estar como está.

Lafrita parecía preocupado.

—Bueno, ¿qué hacemos?—dijo el *Buif*—. Yo creo que no nos queda más que volver a París, pues no tenemos ya nada que hacer aquí.

—De ninguna manera... Yo quiero saber a qué atenerme. Esa mujer nos ha dicho de volver dentro de una hora, y aunque sólo tuviéramos una probabilidad contra ciento de averiguar algo...

—¿Entonces nos vamos a quedar de plantón aquí en la carretera?

—Me parece que hay bastante luz para que leas lo que hay escrito encima de la puerta de esta casa... ¿No lo entiendes?

El rostro de *Buif* se iluminó.

El escrito en cuestión decía:

TABERNA

—¡Ah! Así ya es otra cosa—dijo Bicard.

Los dos amigos no tardaron en estar sentados en una salita de la taberna, y sucedió que por casualidad *Buif* conocía al dueño. *Buif* conocía todas las tabernas de Maisons-Laffitte, las cuales, con la ausencia de Bicard, habían perdido recientemente su mejor cliente. También pretendía *Buif* que conocía a todas las tabernas de París, pero en esto era seguro que exageraba.

—¿Qué tal, amigo?—dijo al que le servía—. ¿Cómo van los negocios?

A los taberneros les gusta mucho hablar de sus negocios, lo que les da ocasión para hablar mal del gobierno; los taberneros son muy fuertes en política y saben lo que quiere el país y qué mal padece el comercio. Así no es extraño que el tabernero a que nos referimos mordiera en seguida el anzuelo que le lanzó *Buif*... Tan en seguida, que hay que suponer que hubiese hablado de todas maneras de sus negocios, aun cuando nadie le hubiera preguntado nada.

—¡Los negocios!... ¿Cómo quiere usted que

marchen?... Vivimos bajo el terror, bajo la tiranía, peor que bajo el antiguo régimen... Un honrado comerciante no tiene ni siquiera derecho de ganar el pan con el sudor de su frente.

—Comprendido, comprendido — dijo *Buif*—. ¿Alguna nueva multa que le han puesto?

—Eso es—contestó el tabernero con amargura—. ¡Si sólo fueran multas!... ¿Sabe lo que han inventado ahora?

—Dígamelo, y lo sabré.

—Pues el alcalde de Maisons-Laffitte ha dado orden de que todas las tabernas estén cerradas a las once de la noche, y los gendarmes no se andan con contemplaciones: pasan las noches en la carretera para ver si me pueden pescar en falta... Tengo centinelas.

—¿Pero es posible que el alcalde sea tan mal sujeto?

—Es el otro el que lo hace todo... Ese pájaro, que es peor que el cólera.

Buif preguntó intrigado:

—¿Quién es el otro?

—¡Quién ha de ser! El suplente, el doctor Boudon, el Padre la Virtud.

—Entonces no me sorprende nada—dijo *Buif*—. Jamás he podido tragar a ese hombre. Aunque a mí nada me ha hecho, o casi nada.

—¿Sabe usted todo lo que ha imaginado ese animal, especialmente contra mí, a pretexto de moral y de orden público?.... Aseguraba que todas las

noches, hasta las doce, había gente bebiendo en mi casa... ¡Como si mi establecimiento no fuera para eso, para beber!

—¿Pero cómo diablos sabía él lo que se hacía en casa de usted a las doce de la noche?

—¡Si es que se pasa el día y la noche metiendo su nariz por todas partes y molestando a las personas! Todas las noches pasaba por delante de mi puerta con su levita negra, su pantalón negro y su aspecto de santito.

—Hay que ser justos—dijo *Buif* con tono leal—. Usted no puede reprocharle que pase por delante de casa de usted con su levita y su pantalón negros. Si se paseara sin ellos sería él el multado, sin contar que todavía sería más feo verlo.

Lafrita, que hasta entonces no tomó parte en la conversación, manifestó de pronto vivo interés.

—Acaba usted de decir que el doctor Boudon pasaba todas las noches por delante de su establecimiento. ¿Pasaba a una hora fija?

—En todo caso siempre era bastante tarde.

—¿Y no sabe usted dónde iba?

—Supongo que a visitar a sus enfermos. No soy yo quien le tomaría como médico, porque es muy exigente.

—¿Muy exigente?

—Muy exigente para el dinero. En seguida que presenta la nota hay que pagársela, y es capaz de llevarle al Juzgado por una cuenta de cinco francos.

—De todas maneras, es muy raro que un médico haga siempre las visitas durante la noche, a la misma hora y a pie. ¿Qué clientes puede tener en esta carretera?

—Dada la dirección en que siempre iba, no hay más que la casa de Hexam.

—¡Ah!—dijo *Buif* iluminado—. Estoy seguro de que estaba encargado de dar algo a los caballos... Seguramente que les daba inyecciones con una pequeña jeringa para que ganaran al día siguiente.

—¡Vaya una idea de jugador!—dijo Lafrita riendo—. ¡Voy a contarles esto a tus clientes, vendedor de martingalas!

—La prueba de que iba a hacer algo que no quería que se supiera, es que se las ha arreglado para que cerraran esta taberna a las once. El se dijo: «Así podré ir adonde quiera, y nadie me verá pasar.»

Lafrita cesó de reir.

—Tal vez ahora estés en lo cierto, y no estoy lejos de creer lo mismo que tú, aunque diferimos sobre el motivo que podía obligar al doctor Boudon a ocultarse.

—Según usted, ¿qué motivos serían?—preguntó Bicard.

—No lo sé. Bueno, vámonos. Es ya de noche y ya sabes que nos están esperando.

Salieron; sólo tenían que dar algunos pasos para encontrarse delante de la casa de Hexam. Lafrita cogió a Bicard por el brazo y se detuvo.

—Bicard, hace una hora, cuando la señora de Hexam cambió de pronto de actitud y nos despidió, ¿no oíste unos pasos en la carretera?

—No me fijé.

—¿No te diste cuenta de otra cosa? ¿De un olor muy especial?

Buif husmeó el aire:

—Creo que sí; un olor de farmacia...

—Sí; el yodoformo... Me llamó la atención porque el cuerpo del conde de Lestrivière despedía el mismo olor cuando fué descubierto. El médico forense dictaminó que el asesino debió saturarlo de yodoformo para que se conservara más tiempo..., y luego, en diversas ocasiones, me ha perseguido ese olor, que siempre me recordaba el drama... Pues bien, ese olor invadía la habitación en que nosotros estábamos.

Aunque la noche era más bien calurosa, Lafrita tembló.

—He tenido la sensación bien clara (pero debo desconfiar de mis impresiones, porque soy muy nervioso) de que alguien acababa de entrar en la habitación en que nos encontrábamos, o en la otra contigua, y que ese alguien era el asesino o el fantasma de la víctima.

—¡Haga el favor de callarse!—dijo precipitadamente *Buif*—. Va a acabar por meterme miedo a mí también.

En aquel momento una forma humana se destacó de la sombra más espesa que formaban los ár-

boles que bordeaban la carretera y pasó rápidamente, cruzando a Lafrita, que se estremeció.

—¡Dios mío, qué prisa tiene ese ciudadano! – dijo Bicard—; y precisamente despide el olor de que hablábamos... Pero ¿qué le pasa a usted?

El repórter no era dueño de sus nervios y temblaba de pies a cabeza.

—¡Vaya, vaya! ¿Ahora va a tener usted miedo porque es de noche y porque hay gente que se perfuma con algo que no es agua de Colonia?... Es un contagio que ha cogido usted hablando con la señora de Hexam.

—Bicard—dijo Lafrita—, ¿puedes correr?

—Todavía no he perdido mi entrenamiento—contestó con orgullo Bicard—. Mis piernas son sólidas, y cuando quiero corro tanto como el primero.

—Pues corre tras de ese hombre y veas si le conoces. Debes conocerle.

Buif partió como un rayo y no tardó en alcanzar al hombre, que, por lo demás, andaba lentamente. El misterioso personaje no tardó en encontrarse en el rayo luminoso que proyectaba la taberna, cuya puerta había quedado abierta. Entonces regresó Bicard. Reía.

—Pues no es usted poco aprensivo — dijo a Lafrita.

—¿Qué?

—Se apura usted porque un tipo que pasa cerca de usted huele a farmacia. ¡Si precisamente ese tipo es el doctor Boudon! Su oficio es oler a farmacia y a

todas las porquerías que hace tragar a sus enfermos.

—¿De modo que es el doctor Boudon?

—Eso parece... Y si no es él, está muy bien imitado. No olvide que ya nos equivocamos una vez en Auteuil, cuando creímos que era él...

Cosa extraña: Lafrita no parecía mucho más tranquilo.

—¡Cuánto daría por estar seguro de lo que sospecho!

—¿Seguro de qué?

—Del nombre del asesino.

—¡Ah, por eso también yo daría cualquier cosa! Hay en juego veinte mil francos y yo pagaría muy bien cinco francos por conocer esa martingala.

—Y no harías mal negocio—dijo Lafrita, que no pudo contener la risa.

Se encontraban delante de la casa de Hexam, donde observaron extraordinaria agitación: varias luces se movían de una habitación a otra y pasaban sombras por detrás de las cortinas.

—¡Han cerrado la puerta por dentro!—exclamó Lafrita, que intentó inútilmente levantar el picaporte—. No podemos llamar, porque la señora de Hexam tenía interés en que entráramos muy discretamente.

Sin embargo, llamó, y al cabo de un instante oyeron fuertes pisadas y se abrió la puerta, en la que apareció el rostro embrutecido de Simons, que llevaba una linterna de cuadra que enfocó contra los visitantes.

—¡Ah, ser ustedes! ¿Qué es lo que querer ustedes?

—Hablar con la señora de Hexam.

—¿La señora de Hexam? Ustedes no poder.

—¿Cómo que no? Si nos está esperando.

—No; no está esperando.

Buif cuchicheó al oído de Lafrita:

—Espere un poco, que yo arreglo en seguida esto.

Y soltó un vigoroso puñetazo en el vientre de Simons, que dejó caer la linterna.

—¿Quieres apartarte en seguida, sí o no?

Simons se apretaba el estómago y dijo lentamente:

—¡Oh, ser ustedes tontos!... Yo decir: la señora de Hexam no esperarles, no esperar a nadie... haber muerto.

Y cogió su linterna, que se había apagado al rodar por tierra.

—¿Conque ha muerto la señora de Hexam?—exclamó *Buif*—. ¿Pero qué es lo que dice este idiota?

Lafrita intervino:

—Vamos, muchacho; pero si la hemos visto nosotros hace una hora y hemos estado hablando con ella...

—Estar muerta, decirlo yo—repitió Simons obstinadamente—. El doctor Boudon ha venido y se ha marchado para certificar...

—¿Pero cómo ha ocurrido eso?—preguntó Lafrita—. ¿Ha sido una muerte súbita, un accidente, qué?

—Yo decirles lo que me ha contado la doncella: una hora hace próximamente venido aquí doctor Boudon y decir que venir visitar la señora de Hexam, que estaba completamente muy enferma. La doncella quedarse sorprendida porque no saberlo, pero hizo entrar doctor, y al verlo la señora Hexam exclamar: «¡Oh!» El doctor decir a la doncella: «Váyase y cierre la puerta...» Doctor salir un cuarto de hora después y decir: «¡Se acabó! ¡Ha sido imposible salvarla! Le he dado una inyección de suero; pero el corazón no quiere andar. Avise al señor Hexam...» Doncella entrar y encontrar su ama muerta; ella ponerse a gritar de miedo porque el ama le miraba con ojos muy grandes, completamente muertos. Yo era el solo hombre y la doncella decirme que yo cerrara los ojos a la señora Hexam, porque si no, no se atrevía a entrar. Yo intentarlo, pero no poder. Han ido a buscar al cura; siempre se va a buscar al cura...

Lafrita reflexionaba profundamente:

—Cuando vino el doctor Boudon... es decir, antes de que viniera, ¿sabe usted si alguien fué a buscarle de parte de la señora Hexam?

—Probablemente, puesto que él venir.

—¿Pero no sabe usted quién es el que ha ido a buscarle?

—No.

—¿Y cuando el doctor entró en la habitación

de la señora Hexam estaba realmente enferma?

—Probablemente, puesto que ha muerto.

Lafrita había hecho esta pregunta en voz baja, como si hablara consigo mismo. Pronto se convenció que no sacaría nada más de Simons.

—Vámonos—dijo a *Buif*—. Ya no tenemos que hacer nada aquí.

Mientras esperaban el tren en la estación, preguntó bruscamente a Bicard:

—¿Qué piensas de esta muerte?

—Lo que yo pienso es que mi mujer me va a armar un escándalo por llegar tarde. Se va a creer que me he estado divirtiendo. Y Dios sabe si...

Bicard levantó al cielo los ojos del justo calumniado.

—¿No se te ocurre otra cosa?—dijo Lafrita nervioso—. Pues bien, te voy a decir un secreto: la señora de Hexam ha sido asesinada, y asesinada a causa de nosotros.

—¡Cómo!

—Sí, por lo menos a causa de nuestra visita. El asesino del conde de Lestrivière ha echado mano de un procedimiento seguro para impedirla continuar sus confidencias.

—Pues sí que se le ocurren a usted unas cosas—dijo *Buif* aterrado—. ¿Entonces es culpa nuestra?

Pero inmediatamente hizo una reflexión que tranquilizó su conciencia.

—Es decir, culpa de usted, porque no es a mí a quien se le ha ocurrido venir a Maisons-Laffitte.

Usted es quien ha venido a buscarme y supongo que no lo negará.

—¿Cómo podía yo suponer...? ¡Ese hombre es terrible! ¡Trabajo nos va a costar descubrirlo!

—Sin embargo, a mí me parece que con este nuevo crimen no será difícil, porque al examinarla el Juzgado se descubrirá que ha sido asesinada.

—No—dijo Lafrita.

—¿Por qué?

—Porque el médico forense se llama doctor Boudon.

Pero *Buif*, que no comprendió el pensamiento de su asociado, siguió una falsa pista.

—Es verdad—dijo—, Boudon no verá más que musarañas. ¡Es tan imbécil!...